

MISA POR DON FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA (6-II-1978)

Los amigos de la Ciudad Católica de Madrid fueron convocados por Speiro el 6 de febrero de 1978, a las 13 h. 30 m. en Santo Domingo el Real, para participar en el Santo Sacrificio de la Misa, que dijo el R. P. Victorino Rodríguez, O. P., en latín y rito dominicano, por el alma de nuestro querido amigo el profesor Francisco Elías de Tejada y Spínola.

El mismo oficiante, Padre Victorino Rodríguez, pronunció la emotiva plática que a continuación reproducimos.

Amados hermanos en Cristo y buenos amigos del profesor Elías de Tejada:

Hoy nos convoca don Francisco aquí, no para impartirnos una lección de su inmenso saber filosófico-jurídico, ni para despertar el sentido de la tradición católica española; nos convoca para pensar en su vida eterna y para recomendarle ante el buen Dios.

Deseamos y pedimos que su alma, superdotada en inteligencia, memoria y grandeza de espíritu, resulte también superdotada de lumen gloriae con que Dios premia a los que llegan a Él tras haber administrado bien los talentos recibidos.

Cuando mueren hombres tan sabios y magnánimos como don Francisco Elías de Tejada, en un momento de plenitud biológica e intelectual (andaba por los sesenta y un años y apenas había iniciado la publicación de su gran obra de Filosofía del Derecho proyectada en 12 tomos), la reacción espontánea es de dolor: ¡Qué pena que se muera un buen amigo! ¡Qué lástima que se malogre un sabio!

Que se haya malogrado un sabio, hay que decir en seguida que no tanto: ahí quedan sus treinta y siete años de cátedra en Salamanca, Sevilla y Madrid; ahí quedan sus cincuenta y tantos libros y más de doscientos artículos.

Que se haya muerto un buen amigo sí, pero la muerte para él y para nosotros tiene más de finis consummationis que de finis consumptionis. Morir en cristiano —y él era un gran cristiano— es llegar con Cristo, «camino, verdad y vida», al final del camino y

entrar en lo que ya es sólo verdad y vida. Mejor que los versos del poeta: «nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar, que es el morir» (Jorge aMurique), nos suena este pensamiento de un católico actual: «el río vuelve incesantemente al mar toda el agua que la lluvia del cielo le había traído. Así, el hombre debe retornar a Dios todos los bienes que Dios le confía. Es un intercambio sagrado por el que el hombre encuentra en el cielo todo lo que pierde en la tierra, porque su tener efímero proyectado hacia la eternidad, se transforma en ser y nada teme de la muerte» (G. Thibon).

Alegrémonos, pues, con él. Quien muere en Dios no añora ya jamás la vida de este mundo. A la peregrinación siguió la posesión, al claroscuro sucedió el pleno día; la parte quedó absorta en el todo que es Dios.

Si a don Francisco se le ofreciese ahora la posibilidad de prolongar sus lecciones universitarias, de seguir pronunciando conferencias, de escribir artículos en 38 idiomas, de añadir más todos a sus Opera omnia, respondería como Santo Tomás de Aquino cuando vislumbró de cerca la luz de Dios, aun sin haber muerto: «no puedo ya escribir más». Lo que había escrito le parecía paja en comparación de lo que acababa de ver en Dios.

Por si el amigo Francisco no goza aún de esta plenitud de Dios, encomendémosle todos:

Para que Jesucristo, que es camino, verdad y vida, sacie de verdad y de vida eterna a su siervo Francisco, roguemos al Señor. Te lo pedimos, Señor.

Para que la verdad que él tan tenazmente buscó y difundió fructifique en este mundo para gloria de Dios y bien de la Iglesia y de España, roguemos al Señor. Te lo pedimos, Señor.

Para que nuestra oración al Padre por el hermano Francisco lleve la mediación de Nuestra Señora de la Esperanza y de Santo Tomás de Aquino, roguemos al Señor. Te lo pedimos, Señor.

Te pedimos, Señor, que tu siervo Francisco, que terminó el camino de su peregrinación en este mundo, viva para tí, y que tu amor misericordioso borre los pecados que cometió por fragilidad humana. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.